

## *Los próximos 90 años*

**ENRIQUE GONZÁLEZ FERNÁNDEZ\***

**N**onagésimo aniversario de Julián Marías. Buena oportunidad para reflexionar sobre el porvenir de eso que Ortega llamaba “nuestra filosofía” refiriéndose a la de los dos fundadores del Instituto de Humanidades. Marías prevé que esa filosofía estará vigente en el mundo y compondrá la cultura general dentro de unos decenios. Así lo esperamos vivamente. Vamos a asistir a ello. Que ocurra pronto y que no tengamos que ver transcurrir la cantidad de 90 años.

En su *Historia de la Filosofía*, Marías escribió que Ortega es “el máximo

filósofo español”, palabras que entonces suscitaron viva irritación. Pero Ortega es esencialmente incompleto. Lejos de estar acabada y concluida, la filosofía de Ortega es una invitación a seguir adelante; él empezó a hacer aquello que Julián Marías debía continuar. Lo que hace Marías—inexplicable sin Ortega, irreductible a Ortega— es recorrer la realidad con la mirada, fielmente, sin detenerse. En esto último consiste su diferencia principal de Ortega, el cual se demoraba en distintas cuestiones, se desanimaba, aplazaba algunas para otro momento, no terminó ningún libro. Marías, en cambio, no se ha permitido esas detenciones, siempre ha

\* Doctor en Filosofía y Ciencias de la Educación.

ido hasta el final, con mayor urgencia de saber a qué atenerse.

Julián Marías —él mismo lo expresará así— ha realizado la magna empresa de completar a Ortega consigo mismo y darle sus propias posibilidades. Partiendo de ello, ha podido ir mucho más allá. De manera que gracias a Marías la filosofía como tal alcanza su nivel, su punto de inflexión, el que le corresponde a la innovación sobre el arcaísmo. Aunque debido a la decadencia actual se ha producido, desde alrededor de 1960, una inquietante pérdida de nivel en todos los órdenes, confiemos que el mundo lo recupere y que prevalezca, gracias al impulso de Marías, esa innovación sobre ese arcaísmo.

Característica de tal innovación es la descosificación del pensamiento sobre la persona. En un artículo titulado “Personas y cosas”, Marías escribe que actualmente hay “una tendencia a la dimisión de lo humano; cada vez son más los que olvidan lo que es una persona y dan por supuesto que es una cosa más, semejante a las demás, cuando se trata de una realidad radicalmente distinta”. A diferencia de las cosas, la persona consiste principalmente en irrealidad, proyecto, expectativa, anticipación; las personas acontecen de manera dramática, insegura, hecha de posibilidades. Aunque la realidad personal se contrapone rigurosamente a la de las cosas, sin embargo “se ha producido una tendencia a la confusión de ambas formas de realidad, y ello ha llevado a una funesta cosificación de la visión de casi todo”. Mientras hay éxitos crecientes en el manejo de las cosas, “se desconoce por lo general la peculiaridad de la condición de las personas, y se

olvidan los decisivos hallazgos, precisamente de nuestra época, para comprender su realidad”. De suerte que “la inmensa mayoría de los que ejercen funciones de pensamiento muestran un extraño analfabetismo cuando se trata del modo de realidad de las personas”.

Piensa Marías que si hiciéramos un análisis de los conceptos que se utilizan para plantear los asuntos humanos, “se vería que, con pocas excepciones, son enteramente inadecuados y no pueden dar razón de las realidades que se intenta conocer. Frente a los resultados de la técnica científica, los asuntos humanos presentan una inquietante colección de fracasos”. Porque desde hace unos decenios se ha abandonado y olvidado casi todo lo descubierto poco antes. Actualmente coexisten la alborada y la noche, el descubrimiento e iluminación de nuevas realidades y su oscurecimiento, y “dentro de pocos años se caerá en la cuenta del pavoroso arcaísmo de gran parte de lo que circula, en todos los campos, como la última palabra. Se harán balances, sobrevendrá el olvido de lo que ocupó los primeros planos de la publicidad, se recurrirá a lo que sea capaz de dar razón de aquello que más nos importa, de lo que necesitamos para vivir humanamente”.

El mismo Marías, con esas palabras, acaba de decirnos ya lo que pasará en los próximos años, y esperemos que no tengamos que esperar noventa. Con su “moderado optimismo” predice que, a pesar de lo que él llama la fragilidad de la evidencia, triunfará la innovación sobre el arcaísmo.

Cabe esperar que su pensamiento innovador sobre la persona, contenido principalmente en sus libros *Persona*,

*Mapa del mundo personal, Antropología metafísica, Razón de la filosofía, Tratado de lo mejor, La perspectiva cristiana* o sus dos obras sobre la mujer, sea cada vez más conocido y difundido.

Para definir a la persona se partió de la noción aristotélica de *ousía*, traducida al latín por *substantia*, pensada para las cosas. Boecio escribió que la persona es una sustancia individual de naturaleza racional, lo cual indica que la persona, aunque racional, es vista como una cosa o *substantia*. Pero el modelo con que se han pensado las cosas no es adecuado para ser aplicado a las personas. Descartes, para superar el realismo, recae en la noción de *res*, cosa, aplicada por igual a la extensa y a la pensante. Y escribe: “no soy más que una cosa que piensa”. Es decir, una cosa. Con lo cual Descartes vuelve a caer en la cosificación de la persona. El idealismo fundado por Descartes dice “el yo”, lo cual es también una cosificación; habría que decir “yo”. Por eso Ortega cree que “la superación del idealismo es la gran tarea intelectual, la alta misión histórica de nuestra época, el tema de nuestro tiempo” (*¿Qué es filosofía?*).

Ortega postula superar el idealismo sin recaer en el realismo, que dominó el pensamiento filosófico durante veintidós centurias, hasta Descartes, y que considera que la verdadera realidad son las cosas. Descartes y el idealismo, por el contrario, consideran que la verdadera realidad es el yo, que es la sustancia, la cosa fundamental. Sin embargo, para Ortega no hay prioridad de las cosas, como cree el realismo, ni tampoco prioridad del yo cosificado sobre ellas, como opina el idealismo, sino que la verdadera realidad es mi vida, la de cada cual, que no es ninguna cosa, sino

actividad. Porque la vida humana, a diferencia de toda cosa, no tiene un ser fijo, hecho, estático, dado de una vez para siempre; es un quehacer. La vida no está hecha, no está determinada, tenemos que hacerla.

La realidad humana ha sido pensada utilizando el concepto aristotélico de *ousía*; como enseña Marías, esta palabra fue traducida al latín como *substantia*, la cual en rigor es traducción del griego *hypóstasis*, lo que está debajo, y esto se puede predicar de la sustancia (*sub-stare*, estar debajo), soporte de los atributos. Se dice que tanto las cosas como el hombre son sustancias. Pero la palabra sustancia, lo que está debajo, no es el sentido primario de *ousía*, que significa esencia, hacienda, haber. *Substantia* es traducción de *hypóstasis*, no de *ousía*. Si, para traducir *ousía*, se hubiera impuesto la traducción *facienda*, lo que hay que hacer, que es el significado más auténtico de ese vocablo griego, entonces el pensamiento hubiera transcurrido en otra dirección más humana, menos cosificadora del hombre. En ese sentido de *facienda*, teniendo en cuenta que el hombre se hace a sí mismo y decide quién quiere ser, descartando una naturaleza fija aplicada a las cosas, la persona consiste en hacerse.

Julián Marías dice que “Humanidades quiere decir disciplinas de lo humano. Nuestra época ha descubierto y explorado esa realidad que es la vida humana y el método adecuado para comprenderla. La indagación sobre la vida humana y la persona requiere categorías y conceptos que corresponden a su forma de realidad, que es radicalmente distinta de la de las cosas. Los conceptos que han permitido

la formación de las ciencias de la naturaleza, que tan formidable éxito han tenido en la Edad Moderna y han hecho posible la maravillosa técnica de nuestro tiempo, no sirven para entender esa otra forma de realidad que es la humana, y en esto radica el relativo fracaso de las disciplinas de lo humano, que casi siempre han sido planteadas desde una perspectiva errónea, porque ha desconocido la forma de realidad que les pertenece, y que difiere radicalmente de la de las cosas". Y sigue diciendo Marías en su discurso con motivo de recibir el Premio Príncipe de Asturias de Comunicación y Humanidades: "El reduccionismo dominante, que cosifica al hombre, lo ve como una cosa muy particular, como un mero organismo, si es posible como una realidad inorgánica, impide comprender lo humano y conduce a una vía muerta del conocimiento. El predominio de esta tendencia es la causa de la decadencia que nos amenaza, que mi inveterado optimismo me lleva a calificar de evitable... La presión milenaria de los conceptos aptos para entender las cosas ha obturado la capacidad de pensar esa otra realidad, absolutamente original e irreductible, que es la persona humana. Es menester un gran esfuerzo intelectual para cambiar de perspectiva".

Desde hace dos mil quinientos años se pregunta: "¿qué es el hombre?". Pero la pregunta adecuada no es qué, sino quién. Como muestra Marías, sistemáticamente en su Antropología metafísica, cuando alguien conocido —no algo— llama a la puerta no preguntamos "¿qué es?", sino "¿quién es?". La respuesta de quien llama es "yo", acompañado de su voz, es decir: de una circunstancia. Una respuesta a la pregunta "¿quién soy yo?" es la que dio

Ortega: "yo soy yo y mi circunstancia" (Meditaciones del Quijote). Es decir, al mismo tiempo que soy yo, estoy en la vida, me encuentro viviendo en el mundo. Y éste es *circum-stantia*, lo que está (*stare*) alrededor (*circum*) de mí. Yo no soy una cosa aislada, sino alguien —no una cosa, no algo— que está en una circunstancia determinada. "De esta circunstancialidad —escribe Marías— se deriva la menesterosidad de la vida humana: necesito la circunstancia para ser y vivir. Frente a la suficiencia atribuida tradicionalmente a la sustancia, nos encontramos con la indigencia como condición del hombre" (Breve tratado de la ilusión). En ese libro que acabo de citar, por cierto, Marías expone uno de sus muchos descubrimientos: el cambio semántico experimentado en español por la palabra "ilusión" durante el Romanticismo.

Esta filosofía significa la máxima ampliación del horizonte mental. Ortega escribió muy poco sobre su método, el de la razón vital. Una vez descubierto, estaba ahí para que fuera desarrollado y usado por Marías.

En el siglo XIX, el racionalismo (la idea reduccionista de la razón, vista ésta como razón abstracta, que renuncia a pensar la vida humana y, por tanto, sustituye la realidad por un esquema de ella) motivó un movimiento contrario: el irracionalismo. Dada esa idea vigente de la razón, el irracionalismo era justificado. Hay que recordar —como lo hace Marías en Ortega. Circunstancia y vocación— que en la segunda mitad del siglo XIX se produce dicha reacción contra el racionalismo y es adoptada una postura irracionalista por Kierkegaard, Nietzsche, Bergson, Spengler y, más adelante, Unamuno, que

abandonan la razón como método para conocer la vida, la Historia o Dios.

El propio Unamuno, en su obra *Del sentimiento trágico de la vida en los hombres y en los pueblos* —donde da al irracionalismo una formulación enérgica—, escribe que “la razón es enemiga de la vida”. Para él, la razón no es vital.

Como dice Marías, esa obra de Unamuno fue un estímulo polémico para Ortega, el cual llega a una nueva idea de la razón y supera el racionalismo, pero no para recaer en el irracionalismo, sino para ir más allá de ambos con la razón vital. Ortega piensa que la razón es una función vital y publica entonces —como respuesta a Unamuno, al año siguiente— las *Meditaciones del Quijote*, en donde escribe que “la razón no puede, no tiene que aspirar a sustituir la vida. Esta misma oposición, tan usada hoy por los que no quieren trabajar, entre la razón y la vida es ya sospechosa. ¡Como si la razón no fuera una función vital y espontánea del mismo linaje que el ver o el palpar!”.

En *El tema de nuestro tiempo* escribe Ortega: “La razón es sólo una forma y función de la vida... La razón pura tiene que ceder su imperio a la razón vital... La razón pura tiene que ser sustituida por una razón vital”. El tema de nuestro tiempo es, según Ortega, la conversión de la razón pura en razón vital.

La razón pura de Kant, la razón matemática de los racionalistas del siglo XVII, que sirve tan bien para conocer la naturaleza, no funciona tanto en los asuntos humanos, no es capaz de pensar la realidad de la vida humana. Esta constatación ha sido la fuente de

los irracionalismos que han irrumpido en la filosofía durante los últimos cien años. Ortega repara en que la razón matemática, la razón pura, no es más que una forma particular de la razón. Entenderla como la razón sin más es tomar la parte por el todo: una falsedad. Junto a la razón matemática, y por encima de ésta, se encuentra la razón vital. Esta razón no es menos razón que la otra, sino al contrario. La vida misma es la razón vital. Vivir es ya entender. La vida es el órgano mismo de la comprensión. La razón es la vida humana. Una realidad humana sólo resulta inteligible desde la vida.

Julián Marías afirma que en el futuro, una vez asimilado eso, superado ya tanto el racionalismo como el irracionalismo, la razón vital deberá denominarse razón sin más. Y define la razón como la aprehensión de la realidad en su conexión. No bastan las notas sueltas, ni se trata de la conexión que yo imponga a la realidad. La vida es la forma concreta de la razón, y para vivir necesito saber a qué atenerme. Por eso la razón es entendida en griego como *lógon didónai*, que al español se traduce por dar “cuenta y razón”, el nombre que Julián Marías escogió para esta revista.

Su Introducción a la Filosofía ha sido traducida al inglés, al alemán, al portugués. Ahora acaba de ser excelentemente traducida al italiano por Francesco de Nigris (prometedor joven, por cierto, entusiasta de esta filosofía, y que con seguridad realizará una extraordinaria labor con ella, desde ella y en favor de ella). Es un libro sistemático, pero de un tipo de sistema no impuesto por el autor, como suele hacerse tan frecuentemente, sino por la realidad.

“Por eso —escribe Marías en *Razón de la filosofía*— la verdad consiste en dejar que la realidad penetre en nosotros y se dibuje en nuestra mente; en este sentido, el conocimiento filosófico supone una aparente pasividad, que en rigor no lo es, y que sería mejor llamar humildad o aceptación de la realidad, respeto a ella. Pero no es pasividad, porque esa visión requiere mirar, ejercer presión sobre la realidad y obligarla a que se manifieste, a que empiece a manar y verter su sentido, a que supere su afición a ocultarse y se haga inteligible”.

Marías, desde la realidad radical que es mi vida, la de cada cual, ha introducido una serie de categorías y conceptos (instalación, vector —y su combinación efectiva: instalación vectorial—, disyunción, condición corpórea, condición sexuada, carácter futurizo, menesterosidad, enamoramiento, trayectorias, mortalidad, criatura amorosa, referencia a la vida perdurable, experiencias radicales como verdadero principio de individuación) sin los cuales la filosofía no puede dejar de contar en el futuro. Todos estos conceptos se han podido traducir admirablemente a otras lenguas.

Ha descubierto también la estructura empírica de la vida humana, expresión que denomina una realidad ausente en Ortega. Éste pensaba que hay la teoría general o analítica de la vida humana, los requisitos necesarios, universales, las estructuras previas a cada vida concreta, la metafísica (yo y mi circunstancia), desde donde se pasa al conocimiento real, circunstancial, de cada vida individual, la realidad radical, la estructura concreta de mi vida, la biografía. Marías ha visto que es menester algo más: un eslabón entre la estructura analítica y cada vida humana

singular. A este eslabón lo llama la estructura empírica: la zona de realidad que llamamos “el hombre”, que es el conjunto de las estructuras (el cuerpo humano, la condición sexuada, la instalación) con que se nos presenta la vida humana en este mundo, la forma concreta de la circunstancialidad, la realidad radicada, la antropología.

Por otra parte, Ortega plantea el tema de la verdad en su primer libro, de 1914, como iluminación y descubrimiento. Afirmaba ya entonces que su nombre griego, *alétheia*, significó descubrimiento, revelación, más precisamente desvelación, quitar de un velo o cubridor. Es el primer texto en que se hace un uso filosófico de la noción de *alétheia*. Los demás filósofos, a partir de 1927 con Heidegger, no saben de dónde procede esa interpretación etimológica que se da como obvia. Marías ha descubierto la más antigua discusión etimológica en el lingüista Teichmüller, recogida de su colega Leo Meyer el año 1879, de la cual se sirvió Ortega en fecha tan temprana como 1914.

Marías muestra que en esa misma fecha, cuando la teoría de la fenomenología sólo había cumplido un año, Ortega había superado las nociones de reducción y conciencia, para afirmar la realidad personal y ejecutiva de la vida humana. Ortega supera el realismo, por una parte, y por otra el idealismo, incluido su momento culminante, la fenomenología (la reducción fenomenológica es imposible). Los filósofos que hoy se presentan como fenomenólogos, como aquellos que tienen la última palabra, resultan preorteguianos, arcaicos.

Además la razón vital es razón histórica porque el horizonte de la vida humana es histórico. La historia da razón de lo humano. España inteligible —libro que debería circular muchísimo más— es la primera aplicación a fondo del método de la razón histórica a la realidad íntegra de un país y de sus consecuencias transoceánicas. El método de la razón histórica (creación de Ortega, pero que nadie, ni él mismo, hasta Marías ha aplicado a la investigación de España) permite la verdadera comprensión de la historia y de las realidades sociales. Una de las diferencias radicales entre España y otros países europeos es que, mientras la mayoría de ellos son “intraeuropeos”, España ha sido desde fines del siglo XV un país “transeuropeo”. De ahí el subtítulo de ese libro: Razón histórica de las Españas.

Es el mejor conocedor de Hispanoamérica, el injerto español en América, como lo llama, o las Españas. Ha escrito enormemente sobre ello, no sólo los artículos reunidos en el libro titulado *Hispanoamérica*. Una obra suya importantísima, escasamente conocida, es *La Corona y la Comunidad Hispánica de Naciones*. Él ha descubierto cómo el término “Latinoamérica” o “América Latina” es colonialista; con él se comete una falta de respeto a la realidad. Esperemos que tampoco haya que esperar noventa años para que se abandone esa denominación que tanto perturba cultural, social, política y hasta económicamente a esos pueblos hermanos y a la misma España.

Apasionado por la libertad, Marías es el filósofo que más ha influido en España y en Hispanoamérica, particularmente en la Argentina. Hasta en la Constitución Española ha dejado su huella. Sus

artículos políticos, hechos con filosofía, son los más influyentes. La última edición de su España real ofrece en un grueso volumen los cuatro libros de artículos que entre 1974 y 1981 se fueron publicando (aunque falta uno, titulado *La libertad en juego*, que reúne artículos desde 1981 hasta 1986).

La prensa le debe mucho; fundador de un periódico, esta empresa se malversó. Hace muchos años propuso la mejora de otro, se le hizo caso, y el periódico mejoró notablemente, pero ha vuelto a empeorar, no es tratado como merece y está en deuda con él.

Pocos españoles han escrito tanto como él; quizá sea el que más. Se hizo en 1982 la edición en 10 volúmenes de sus Obras, pero desde entonces han aumentado unas cuatro veces más. Esperemos que se haga una buena edición de sus Obras Completas, que serán enormes. Sólo por su estilo tan elegante y hermoso, por sus escritos sobre Literatura, o por su libro titulado *Cervantes, clave española*, merece el Premio Cervantes. Ese último libro citado responde al deseo escrito por Ortega en *Meditaciones del Quijote*: “Si algún día viniera alguien y nos descubriera el perfil del estilo de Cervantes, bastaría con que prolongáramos sus líneas sobre los demás problemas colectivos para que despertáramos a nueva vida. Entonces, si hay entre nosotros coraje y genio, cabría hacer con toda pureza el nuevo ensayo español”.

Hace falta que sus obras sobre España e Hispanoamérica se conozcan más, porque en ellas se encuentra la solución a muchos problemas, porque así despertaríamos a la nueva vida colectiva, al nuevo ensayo

español solidario y vertebrado, con más concordia aunque no haya acuerdo.

Se precisan más traducciones de sus libros, especialmente al francés. En Francia, Marías era mucho más conocido hace cuarenta años que ahora. Dio innumerables conferencias —con su excelente francés— sobre todo en la Sorbona. Pero Francia es ahora un país sumido en la decadencia cultural y filosófica, y ni siquiera saben allí apenas nada de Gratry, al cual dedicó Marías su tesis doctoral. Esperemos que los franceses, cuando salgan de su decadencia, en menos de 90 años, traduzcan las obras de Marías y le agradezcan lo que ha hecho en concreto por Gratry, ilustre miembro de l'Académie Française, como nuestro filósofo lo es de la Real Española.

Según Marías, la aceptación social del aborto parecerá una monstruosidad dentro de unos decenios. Pasará con ello algo parecido a lo que ha ocurrido con la esclavitud: la sociedad se arrepentirá. ¿Habrá que esperar noventa años? Lo mismo ocurrirá con el nacionalismo; la palabra “nacionalista” se convertirá — piensa Marías— en un insulto.

Esta filosofía de Marías y Ortega significa la adquisición de un instrumento intelectual sumamente poderoso para comprender la realidad. Es menester partir de Marías. El método de la razón vital permite entender la realidad que es la vida humana y las realidades que en ella se constituyen. Realidad, verdad y libertad: con estos tres conceptos me complace resumir y articular todo el pensamiento de Julián Marías, el cual ha consagrado su vida a ellos.

Además, esta filosofía tiene una fecundidad concreta para comprender y

vivificar aspectos esenciales de la antropología cristiana. Según Marías, “tal vez nunca haya dispuesto el cristiano de un repertorio de conceptos filosóficos que se adapte mejor a pensar la situación radical en que ser cristiano consiste, sin la interposición de esquemas intelectuales lastrados de paganismo” (Ortega y tres antípodas).

El libro citado anteriormente es una defensa que de Ortega hace Marías frente a los enemigos clericalistas de esta filosofía, que no eran muy cristianos, que querían ponerla en el Índice de los libros prohibidos. Gracias a Marías no fue así. Se da la contradicción de que esta filosofía, tan atacada por algunos cristianos, ofrece una visión de la realidad que significa la superación de los viejos elementos paganos que permanecen adheridos al Cristianismo, la apertura del horizonte hacia una interpretación personal, más cristiana, de lo humano. Julián Marías habla de las adherencias histórico-sociales, paganas, del Cristianismo, que es necesario discernir. También suele decir que esta filosofía es el instrumento intelectual más importante para comprender el Cristianismo. Doctor honoris causa en Teología por la Pontificia Universidad de Salamanca, piensa que es necesario llevar la razón vital a la Teología, y que esto tendrá consecuencias litúrgicas (yo mismo me he esforzado en hacerlo en dos libros: *La belleza de Cristo* y *El Renacimiento del Humanismo*). Es preciso que las autoridades eclesíásticas, en lugar de permanecer impermeables y de seguir sustentando arcaicos esquemas, se den cuenta de ello para que el Cristianismo, renaciendo y renovándose, sea más auténticamente cristiano. ¿Hasta cuándo habrá que esperar?

Nadie, en toda la historia del Cristianismo, ha podido escribir algo más acertado e inteligente sobre el otro mundo que el penúltimo capítulo del libro de Marías La felicidad humana, titulado “La imaginación de la vida perdurable”, del cual me ocupé en el penúltimo capítulo de mi libro La belleza de Cristo.

La lectura de los tres tomos de *Una vida presente (Memorias)* constituye una experiencia enormemente edificante. Yo mismo, en momentos muy difíciles de los que Marías me salvó, he encontrado consuelo en esas páginas. Con suma dignidad y elegancia, Julián Marías ha hecho lo que debía en cada momento (“por mí que no quede”, es su lema); no ha hecho lo que no debía hacer. Siempre con valentía o valor (él dice que sin cierta dosis de valor se hundían todos los valores). Se refiere a las raíces morales de la inteligencia: una persona no es inteligente si no es buena. Si muchos estamos convencidos de que Marías es la persona más inteligente de nuestro tiempo, ¿cómo será su bondad? Sabemos cuál es la respuesta. Sin caer en la exageración, se trata de una vida ejemplar y heroica. Espero que no haya que ver pasar noventa años para que el santo matrimonio de Julián Marías y Lolita Franco sea propuesto a la posteridad, conocido mundialmente, imitado, admirado, orientado o proyectado hacia el futuro: futurizo.